—Bien: ¿pero D. Celso no enamoraba á Alejandra?

—¡Vaya si la enamoraba! y le dijo que si no le queria, fusilaba á Doña Margarita: la pobre Alejandra lo creyó.....

—¿Y qué? ¿y qué?

—Que le escribió á D. Celso diciendole que la fuera á ver: eso me lo contó ella.

—Bien; ¿pero qué sucedió? ¿qué sucedió? ¡Acaba por Dios!

—Voy, que no soy escopeta: que el viejo recibió la carta, pero cuando fué, si llegó á ir, ya yo me habia sacado libres á las dos, y él se quedaria echando chispas. ¡Quién lo hubiera visto!

Y Cacomixtle lanzó una carcajada.

Jorge sintió que le volvia el alma al cuerpo: abrazó al Cacomixtle, le levantó, y hasta le besó; rompió la carta y pateó los pedazos, y se hubiera puesto á bailar si no lanzara un gemido una de las enfermas.

—¿Pero qué ha pasado aquí? preguntó Cacomixtle.

—No sé: así hemos encontrado las cosas: tu tal vez conoces quienes son estas mugeres.

—Por la ropa: bien, esta es Ramona, la mujer del tio Lalo; y esta Pilar, la criada de D. Celso.

—¿Pilar y Ramona? dijo D. Juan que llegaba en este momento con D. Plácido y con unos hombres que venian por las enfermas para llevarlas al hospital.

—Pilar y Ramona, dijo el Cacomixtle; venia yo á buscarlas para irle á avisar á usted que las castigáran de algun modo.

—Pues ya el cielo se encargó de eso, exclamó Caralmuro; y seguido de sus amigos salió del cuarto, dejando la casa en poder de la autoridad.

XXXIV.

En que esta historia va tocando á su fin.

TAN preocupados salieron Caralmuro y sus compañeros de la casa de D. Celso, que apenas se acordó el primero de ofrecer á Jorge la suya, ni decirle nada de lo que se habia descubierto respecto á su nacimiento.

Jorge montó á caballo y se dirijió al colegio de Minería, donde estaba el cuartel general: al pasar por la gran plaza de la Constitucion, conoció á Mondragon que caminaba á pié, llevando á Leonor del brazo.

Jorge, mal prevenido contra la jóven por lo que Murillo le habia contado en Mexicalzingo, hizo como que no les habia conocido, y se pasaba de frente sin detenerse ni saludarles; pero ellos inmediatamente le conocieron.

—¡Padre! ¡Jorge! Ahí va Jorge.

—Llamémosle, hija mia; pero nada le digamos aqui; hay mucha gente.

—Le llevaremos á nuestra casa.

En este momento Jorge pasaba cerca.

—¡Jorge! gritó Mondragon.

—¡Jorge! ¡Jorge! gritó Leonor.

El jóven tuvo que detenerse y saludar.

—Háganos usted el favor de apearse del caballo y venir con nosotros.

—En este momento tengo que ir al cuartel general, contestó Jorge; es negocio importante.

—No importa, dijo Leonor, venga usted con nosotros.

—Muy bien, señorita, contestó Jorge; y apeandose, fué á colocarse al lado de Mondragon.

—Vamos, dijo Leonor; y se tomó ligera del brazo de Jorge.

—¡Qué cosa tan extraña! pensaba Jorge. Esta muchacha me trata con una confianza como si fueramos amigos viejos: aqui pasa algo: es necesario estar sobre aviso, porque esta muchacha es peligrosa.

Llegaron á la casa, entraron á la sala, y al momento Leonor, sin poderse contener, se arrojó en los brazos de Jorge, diciendole:

—¡Hermano mio! ¡Hermano mio! ¿Me reconoces?

—¡Mi hermana! dijo Jorge asombrado.

—Tu hermana, hijo mio, tu hermana, decia Mondragon abrazandole tambien, y llorando.

—¡Yo hijo de usted! ¿Qué es esto?

—La verdad, hijo mio, la verdad: Dios me ha permitido encontrar á ustedes antes de morir.....

—¿Pero esta señorita no era hija de D. Juan, no se iba á casar con usted?.....

—¡Por Dios, Jorge, no me digas señorita! Leonor, tu hermana, tu hermana.

—Ya sabrás esas historias; por ahora no dudes, hijo mio, ten fé; esta es tu hermana, yo tu padre: D. Juan, D. Plácido, todos lo saben.....

—¡Pero señor!.....

—Ven, hijo mio, tienes motivos de dudar: acontecimientos de esta clase no pueden creerse asi no más; ven á ver á Doña Salvadora, y conocerás la historia de tu nacimiento.

Y Jorge, llevado de una mano por su padre y de otra por Leonor, entró adonde estaban Doña Salvadora y Doña Estefanía.

La pobre vieja tuvo que contar por la décima vez aquella historia, y Jorge no pudo negarse á la evidencia; y abrazó, llorando de ternura, á su padre y á su hermana.

—Solo me inquieta ya, hijos mios, dijo Mondragon, la suerte de Matilde: cualquiera que haya sido su conducta, es vuestra madre.....

—¿Pero cómo.....? dijo Jorge.

—Solo la vieja Pilar podrá darnos noticia de ella.

—Entonces pierda usted, padre, toda esperanza.

—¿Por qué?

—El cielo ha castigado á esa desgraciada; y hoy, yendo con D. Juan á buscar á D. Celso, hemos encontrado á Pilar y á otra vieja, que se llama Ramona, con las caras completamente quemadas, monstruosas, sin vista, sin oido, sin habla, abandonadas, casi moribundas.....

—¡Jesus, qué horror! dijo Leonor.

—¿Y D. Celso?

—Ha desaparecido.

—Dios le castigará.

Jorge no pensó ya en todo el dia en volver al cuartel, ni en salir de la casa, y apenas le alcanzaba el tiempo para contestar á D. Felipe y á Leonor, que le hablaban del cura Ruiz, de la señora Joaquina y de Alejandra.

En la tarde, un coche llegó á la casa de Mondragon, y bajaron de él Caralmuro, Alejandra y Margarita.

Jorge habia contado ya á su padre su amor á Alejandra y

su promesa de casarse con ella; Caralmuro por su parte habia sabido con gusto la pasion de su hija por Jorge, y la noticia fué para los dos padres, verdaderamente satisfactoria.

Mondragon, Jorge y Leonor, salieron á recibir á Caralmuro y á su familia.

Todos se conocian, al menos de nombre, y todas aquellas personas se amaban y se consideraban una sola familia.

Caralmuro y Mondragon no hicieron misterio de los amores de sus hijos.

—Vamos, amigo D. Felipe, dijo D. Juan: estaba de Dios que mi hija fuera esposa de un Mondragon; y sin que usted se ofenda, estoy mejor por el muchacho.

—¿Y tu tambien, es verdad? dijo Mondragon acariciando paternalmente la mejilla de Alejandra.

La muchacha se puso como una amapola.

—Pues es cosa hecha, D. Felipe, arreglaremos la boda, dijo Mondragon: quiero que sea como la de "Camacho."

—O mejor, contestó Mondragon alborozado como un muchacho.

—¿Y Murillo? preguntó de repente D. Juan: ¿cómo no le veo aqui con su amigo Jorge?

Mondragon, antes de contestar, miró á Leonor: entonces tocó su turno á Leonor de ponerse encendida.

—¡Pobre Murillo! pensó Jorge: ¡qué contento se va á poner! Y luego dijo en voz alta:

—Señor, si Murillo no está aqui, es por culpa mia, que buenos deseos tendria él de venir, si supiera lo que ha pasado; pero aun no le he dicho nada. Son las siete: voy por él.

—Vé, hijo mio; ese jóven ha sido tu hermano en la desgracia; que venga á participar de tu felicidad.

Jorge salió precipitadamente á la calle y se dirijió al cuartel: temia ir á la casa de Murillo por no encontrarse con Elena.

Murillo estaba en el cuartel, en una silla reclinada contra la

pared: el pobre muchacho pensaba en el desengaño que habia tenido, al saber que Leonor se casaba con Mondragon.

Jorge venia radiante de felicidad; Murillo le tendió tristemente la mano.

—¿Qué hay? dijo Murillo.

—Tu siempre tan triste, contestó Jorge procurando contenerse para gozar mas con la noticia que le traia.

—¿Qué quieres? esta es mi vida.

—¿En qué piensas?

—En esa muger, en Leonor.

—Olvídala, hombre, dijo Jorge sonriendo.

—¡Imposible, imposible!

—Consuélate: quizá de repente serás feliz.

—Tu que sabes lo que pasa, ¿crees podré serlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo?

—¿Qué me darás por una noticia que te traigo?

—¿Qué quieres?

—Un abrazo.

—Sin noticia y sin nada te lo daré.

—Pues dámelo, dámelo; porque la noticia lo merece.

Murillo, abrigando una esperanza, abrazó tiernamente á su amigo.

—¿Amas mucho á Leonor? preguntó Jorge.

—Mas que á mi vida.

—¿Y te casarias con ella?

—¡Oh, seria para mi la suprema felicidad!

—¿Fuera su padre quién fuera?

—Sí, sí.

—Pues bien, Murillo, Leonor es mi hermana; es hija, como yo, de D. Felipe Mondragon.

—¡Jorge! no me engañes, no te burles de mí, gritó Murillo, pálido de emocion.

—Por mi honor te lo juro, ven á mi casa.

Murillo se arrojó al cuello de Jorge, y le oprimió con todas sus fuerzas.

—¡Loco, loco! ¡me ahogas, me ahogas!

—Sí, estoy muy contento.

—Bien; pero déjame: no te pedí mas que un abrazo y no tantos. ¿Tienes aqui que hacer?

—No; y aunque tuviera, ¿qué quieres?

—Vamos á mi casa, te esperan; allí está Caralmuro con su hija, que es mi Alejandra: ya sabes, nuestra buena amiga Margarita: ¡todos, todos muy contentos!

—Pues vamos, vamos.

Los dos llegaron á la casa, y Murillo fué recibido con verdadero placer por todos.

.....

.....

La boda de Jorge y de Alejandra quedó arreglada.

Murillo no quiso quedarse atrás, y como el terreno estaba bien preparado, antes de dos dias D. Bartolomé de Murillo pedia á Leonor en matrimonio para su hijo Eduardo, y Mondragon no pudo negarse: la muchacha estaba enamorada, y Eduardo era todo un buen chico.

Las dos bodas se fijaron para el mismo dia.

XXXV.

En casa del vicario.

A la derecha del camino que conduce de México á Morelia, y un poco mas adelante de Toluca, hay un pueblo pequeño que se llama Jocotitlan.

Este pueblo, situado á la falda de un elevado cerro, que lleva el mismo nombre, debe á ese mismo cerro, que se descubre desde larga distancia, el ser mas conocido que los otros que estan en sus inmediaciones: por lo demas, nada se ve alli que pueda llamar la atencion de los viajeros.

Una tarde, pocos dias despues de la rendicion de México, un hombre vestido de cuero, montado en un hermoso caballo alazan y seguido de un criado, llegaba á la puerta de la casa cural de aquel pueblo.

El hombre se apeó con desembarazo, y entró en el curato como en la casa de un amigo: el criado se puso á pasear frente á la puerta los caballos, que parecian venir muy fatigados.

Pocos momentos despues, casi arrastrandose, apoyada en un

tosco bordon, llegó á la misma puerta una muger que tenia todas las apariencias de ser una de esas limosneras que caminan por todos los pueblos, y se mantienen en sus viajes, cansando su pobre cuerpo por no cansar la caridad que les da el sustento.

La muger se sentó en el dintel de la puerta, y comenzó á dormitar.

Del interior de la casa salieron entonces, el viajero que habia llegado á caballo, y un clérigo grueso y viejo, que se deshacia en cumplimientos.

—Sí señor, decia el clérigo; el señor cura está ausente, pero yo hago sus veces, y puesto que usted es su amigo, tendré mucho gusto en serle á usted útil de todas maneras.

—Mil gracias: solo me detendré aqui esta noche, contestó el viajero: ya usted sabe cómo andan las cosas, y no quiero comprometer á usted, aunque sé que es de los nuestros.

La limosnera al oir la voz de aquel hombre, alzó la cabeza y le miró; sus ojos brillaron de una manera siniestra.

—¡Muchacho! gritó el vicario: mete esos caballos y que te den allá dentro la pastura: les echas de cenar, y luego subes á tomar algo. ¿Le parece á usted, señor?

—Sí, como usted lo disponga.

—Pues vamos á que tome usted su chocolatito.

El criado entró con los caballos, y luego el vicario y su acompañante se entraron tambien.

La limosnera les vió subir, y luego exclamó:

—¡Don Celso! ¡Infame! Dios me envía trás de tí como tu sombra. Por tí, por tus crímenes huyo de mi casa, de mi madre, de mi hija..... ¡De mi hija tan hermosa, tan simpática, tan buena....! Y sin pensarlo, y sin quererlo, cuando solo busco un pedazo de pan con que saciar mi hambre, te encuentro.... ¡Infame! ¡Estás maldito de Dios..... y yo tambien!

La muger se recostó en la puerta, y cediendo al cansancio y la debilidad, se quedó dormida.

Media hora permaneció así, hasta que los pasos de una persona que pasaba corriendo, la despertaron: era una criada del vicario: á poco salió un mozo corriendo tambien, y luego otro, y la primera muger volvió acompañada de otra, y se notaba un movimiento raro en la casa, como si pasara algo funesto, porque todos los que entraban y salian, estaban como espantados.

La "Guacha" deseaba saber lo que allí sucedia, desde que habia visto entrar á D. Celso: lo que pasaba en el curato, tenia para ella un interes muy grande, pero no se atrevia á preguntar.

Por fin uno que entraba, encontró con otro que salia.

—¿Qué ha sucedido aqui, Rosalío? dijo el que entraba.

—Señor, una desgracia muy grande: que esta tarde un señor vino á visitar al señor vicario, y al acabar de tomar su chocolate, se ha caido muerto.

La "Guacha" se enderezó violentamente.

—¡Muerto! dijo el que entraba.

—¡Muerto! Ya el señor vicario, y D. Policarpo el de la barbería, le reconocieron, y dicen que está bien muerto.

—¿Y qué va á hacer el señor vicario?

—Pues ya tendieron al señor con sus velas, y yo iba á llamar á usted para que hiciera el cajon.

—Ya me habian llamado, pero yo creia era para otra cosa.

—Pues suba usted, que le estan esperando.

El que iba á hacer el cajon, que era el carpintero del pueblo, subió á la habitacion del vicario.

En una salita pequeña, encima de una gran mesa, estaba tendido D. Celso, con las manos atadas por delante, como se acostumbra hacer por alli con todos los muertos, y los piés ligados entre sí con un lienzo.

Cuatro enormes cirios ardian á los lados del cadáver.

—¿Qué dice usted, maestro, qué desgracia? dijo el vicario viendo entrar al carpintero.

—¡Qué dice usted, señor! ¿Y cómo ha sido?

—Pues nada, tomando chocolate, de renpente cayó, y ya estaba muerto; pero tan rápidamente, que no alcanzó ni para apretarle la mano: no más le absolví *sub condicione.*

—¡Pobre señor!

—Para que usted vea, maestro, cuánto importa estar preparado: nadie sabe cuándo llegará su hora..... ¡Qué se va á hacer! *Requiescat in pace.* A ver, tómele usted medida para su cajon; pero que sea una cosa fuerte, porque no mas voy á depositarle mientras escribo á México, á ver si tiene familia....

El carpintero tomó medida.

—Señor vicario, la verdad es que no hay ahora buena madera.

—¿Cómo no ha de haber, con tantos montes?

—No hay, como haber Dios.

—No jure, maestro, que es pecado. ¿Pues qué no se conseguirán unas tablas buenas?

—Es dificil; porque los *naturales,* por la guerra, no han bajado en estos dias; pero haré un poder, y no tenga usted cuidado.

—¿Para cuándo?

—Para mañana.

—Vela usted esta noche; ¿pues cómo he de tener el muerto en mi casa? Mañana le encajonamos, le digo su misa *de Requien,* y le deposito; por eso necesito muy temprano el cajon.

—Haré todos los *imposibles,* señor.

—Pues váyase pronto, y á trabajar: ¿cuánto me lleva por el cajon?

—Por ser para usted, señor, ahí serán cuatro pesos.

—¡Jesus, qué caro! tres.

—No señor, está cara la madera.

—Tres pesos cuatro reales.

—Tres con seis.

—Vamos, tres con seis.

—¿No me presta usted un peso?

—Siempre pidiendo adelantado: tenga usted, y no vaya á tomar pulque.

—Pierda usted cuidado.

El carpintero salió á trabajar, y veló toda la noche.

"La Guacha" consiguió licencia de quedarse alli en la noche, y hasta le dieron de cenar.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, el carpintero entraba al curato con una gran caja de muerto, hecha de madera blanca.

—A ver, maestro, qué tal ha quedado usted, decia el vicario.

—No quedará usted á disgusto: bien clavado, bien ensamblado, muy parejo.

—Sí, todo está bueno, pero aquí tiene un gran remiendo esta tabla.

—Es la verdad, pero ya le dije á usted, señor, que no se encuentra madera.

—Pero si este remiendo viene á quedar enfrente de la cara del difunto.

—Sí señor, se lo puse ahí porque es donde no hace fuerza para nada; vea usted, en otra parte el remiendo cargaba peso, y aqui frente á la cara, no.

—Vaya, tiene usted razon: aqui está su dinero; pero ayúdenos á meter á este pobre señor en su cajon.

—Con mucho gusto. ¿No le envolvemos en algo?

—Sí, en el zarape en que está tendido. Le envolveremos el cuerpo; la cara no, ¿para qué?

El carpintero envolvió fuertemente el cuerpo de D. Celso en su zarape, y luego le metieron en la caja.

—Maestro, está muy oprimido.

—Señor, es bueno asi, por si se lo llevan, porque no se vaya jugando el cuerpo.

—Siempre tiene usted disculpa.

—La verdad.

—Clávelo usted.

El carpintero clavó la tapa del ataud fuertemente, y remachó los clavos.

La verdad era que el ataud no podia ser peor; madera vieja y mal hecho, pero no habia otra cosa.

Cuatro hombres lo bajaron á la iglesia: el vicario, con ornamentos negros, le dijo una misa, y luego se depositó el cádaver en una pequeña bóveda que formaba debajo del altar mayor, y á la que se podia entrar por una pequeña puerta que carecia de llave.

Una vez depositado el cádaver, los fieles que habian asistido á la misa, salieron, el sacristan cerró las puertas, y la iglesia quedó sola y en el mas profundo silencio.

XXXVI.

El amor de otros tiempos.

CUANDO todo quedó ya en silencio dentro de la iglesia, del pié de uno de los altares se fué levantando la "Guacha," que habia permanecido alli, sin que el sacristan lo hubiera advertido.

Poco á poco se puso en pié; y sin vacilar, como si la fuerza de su alma hubiera comunicado vigor desconocido á sus miembros, se dirijió á la puerta de la bóveda en que estaba depositado el cuerpo de Valdespino: llegó, la puerta estaba abierta; y la "Guacha" penetró en aquel recinto.

Era aquella una pequeña y maciza bóveda de cantería, sin mas entrada que la puerta, y alumbrada por una pequeñísima claraboya, á una altura como de tres varas de la tierra.

Aquella bóveda servia como de almacen en la iglesia: habia alli vigas, cajones, mesas, esculturas viejas; en fin, una gran porcion de objetos mas ó menos servibles, pero todos de los dedicados al culto.